



Laudate

Boletín de Nuestra Señora de la Cristiandad – España

N.18 - MARZO 2023

Possumus... et non possumus

D. Rodrigo Menéndez Piñar, Pbro.

«El fin de nuestra vida es la mayor gloria de Dios».
Retiro de Cuaresma
NSC-E

Johanna Pérez Garcarena,
Capítulo San Francisco de Javier.

«La Primera Misa», un sugerente cuadro del pintor Enrique Simonet Lombardo

D. Íñigo Serrano
Sagaseta de Ilúrdoz,
Capellán General NSC-E

Notas de actualidad

Javierada del Capítulo SFJ
Retiro de capellanes



Queridos peregrinos:

Cada vez más cerca de la fecha de la peregrinación, se va poniendo de nuevo en marcha el engranaje preparativo, que aunque no cesa en todo el año, aumenta ahora su intensidad.

Habiendo anunciado en el anterior boletín la apertura del plazo de inscripción de voluntarios, en este me gustaría recordaros que ya es posible la creación de nuevos capítulos (tenéis más información [aquí](#)). Los capítulos se organizan por áreas geográficas y se corresponden con comunidades naturales (una parroquia, una ciudad, un colegio...).

Los jefes de capítulo deberán acudir a un encuentro formativo y de convivencia que tendrá lugar el primer fin de semana de junio, pues su labor como parte de la organización de la Peregrinación es esencial.

Os deseo a todos una provechosa Semana Santa.

Diana Catalán Vitas
Presidenta de NSC-E

Possumus... et non possumus

D. Rodrigo Menéndez Piñar, Pbro.

Disminuyeron la caridad, la lealtad, la justicia y la verdad en el mundo. Y comenzaron la enemistad, la deslealtad, la injuria y la falsedad; y por esto cundió el error y la perturbación en el pueblo de Dios; el cual pueblo había sido ordenado para que Dios sea amado, conocido, honrado, servido y temido por el hombre.

Así comienza el *Libro del orden de caballería* que el universal beato Raimundo Lulio legó a las generaciones siguientes para que los noveles pretendientes del orden caballeresco comprendiesen que para restaurar otro orden —el que lo es por antonomasia, de caridad, lealtad, justicia y verdad en el pueblo de Dios— existía tal institución. El bello prólogo de esta joya literaria nos habla de un noble y viejo caballero, curtido en años y en batallas, que se retira a soledad —imitado siglos después por otro gran caballero, curtido en años y en batallas, como era Carlos V— para darse a la contemplación y prepararse para rendir cuentas a su último y gran Señor de todo, aprendiendo a menospreciar la vanidad del mundo. Este buen anciano se encuentra con un discreto y joven escudero que cabalga hacia las cortes convocadas por el rey con el fin de hacerse armar caballero. Maravillado por la ignorancia del bisoño doncel, exclama el venerable:

¿Cómo es, hijo, que ignoras la regla y el orden caballería? Y ¿cómo pides ser hecho caballero, si desconoces el orden y la caballería? Porque ningún caballero puede mantener un orden que desconoce; ni puede amar este orden ni lo que le pertenece, ni conocer los defectos y faltas que contra él se pueden cometer. Ningún escudero debe ser hecho caballero si no sabe bien cuanto atañe al orden de caballería; y, de esta suerte, sería desordenado el caballero que pretenda armar a otro sin enseñarle antes las costumbres que pertenecen al caballero.

A esta reprimenda, con corazón humilde y magnánimo, responde el inexperto gentilhombre: *-Señor: ¿Os place enseñarme el orden de caballería? Porque me*

siento con ánimos de aprenderlo, y de seguir la regla y el orden. Y el que había comenzado a ser monje después de ser soldado recordaría sus años de mocedad y complacido consiente. Para llevar a cabo esta empresa le hace un regalo. Es el libro que el lector va a tener en sus manos:

¡Bello amigo! La regla y el orden de caballería se hallan en este libro; en el que yo leo algunas veces, porque me recuerda la gracia y la merced que Dios me hizo en este mundo, cuando honraba y mantenía el orden de caballería con todo mi poder.

Aunque la institución de la caballería es algo propio del Medioevo, lo que podríamos llamar “el espíritu de la caballería” jalona toda la historia del cristianismo. Si tuviéramos que compendiar este espíritu en una sola palabra, si un concepto pudiera abrazar todas sus virtudes, sin duda sería el honor. Y como la gracia no destruye la naturaleza sino que la supone y perfecciona, el cristiano, al igual que el caballero, no puede mantener un orden —cristiano— si desconoce en él mismo y no ama el honor, no pudiendo, a su vez, corregir defectos y faltas que contra el orden cristiano se puedan cometer. Es más, sería desordenado el apostolado —“armar” a otros como cristianos— si no se enjaretase todo dentro del honor cristiano.

Este espíritu de honor lo encontramos ya en los tiempos veterotestamentarios, por ejemplo en los compañeros del rey David: la fidelidad de Jonatán a David a pesar de las persecuciones de su propio padre, el rey Saúl; Urías, quien en el momento en que David quiere con engaños arreglar su pecado es enviado por el rey a descansar y estar con su mujer en medio de la guerra y contesta: *El Arca, Israel y Judá moran en tiendas, y mi señor, Joab y los servidores de mi señor acampan al raso. ¿Y yo voy a ir a mi casa a comer y beber y a dormir con mi mujer? Por tu vida y por la vida de tu alma, no he de hacer cosa semejante; o Ytai, comandante del ejército que se unió a David, al que el santo rey pide que no comparta su desgracia-*



do destino, cuando tras la traición de Absalón parece todo perdido. Él contestará: *Vive Dios y vive mi Señor el rey, que donde mi Señor esté, vivo o muerto, allí estará su siervo.*

No pensemos que este espíritu es sólo de varones, pues es el mismo que vive en las mujeres fuertes: como en Rut, cuando su suegra Noemí, abandonada ya toda esperanza, insiste en que sus nueras viudas se salven de su desgracia: «¡Ánimo, hijas, volved! Soy demasiado vieja para casarme de nuevo. Y aunque todavía tuviera esperanzas, aunque me casara esta misma noche y tuviera hijos, ¿aguardaríais a que fueran mayores? ¿Renunciaríais a otro matrimonio? No, hijas mías. Mi amargura es mayor que la vuestra, porque la mano del Señor ha caído sobre mí». Ellas lloraban. Después Orfá dio un beso a su suegra y se volvió a su pueblo, mientras que Rut permaneció con Noemí. «Ya ves —dijo Noemí— que tu cuñada vuelve a su pueblo y a sus dioses. Ve tú también con ella». Pero Rut respondió: «No insistas en que vuelva y te abandone. Iré adonde tú vayas, viviré donde tú vivas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; moriré donde tú mueras, y allí me enterrarán. Juro ante el Señor que solo la muerte podrá separarnos»; o como en la bella mujer de Betulia, Judit, que cuando los jefes de la ciudad habían acordado rendirse y entregar Betulia por no soportar el asalto de las tropas de Holofernes, sabiendo ella que eran la última esperanza de Jerusalén, los reprende y avanza sola en el campamento enemigo hasta lograr cortar la cabeza del general adversario; o en la bendita madre de los mártires Macabeos, cuya grandeza de alma es difícilmente comparable.

Es cierto que todo el Antiguo Testamento está lleno de cobardías y traiciones por parte de muchos israelitas, infieles al Señor. Pero está igualmente lleno de hombres de honor, que como los astros que forman en sus puestos de guardia del Cielo, según nos dice el profeta Baruc, a la voz de Dios están siempre “presentes”, prestos a su servicio. Son los santos de antes de Cristo. Y en esta escuela de honor también se educaron en los tiempos del Nuevo Testamento todos los cristianos. A veces, es cierto, como el joven escudero que deseaba armarse caballero, todavía con ignorancia o desordenada ambición. Pero el honor que sostiene toda su acción es el bien noble en que se podrán desarrollar las virtudes. Es el caso paradigmá-



Retorno de Judith a Betulia, de Sandro Botticelli, 1470.

tico de los “hijos del Trueno”, Santiago y Juan, que aspiran a los primeros puestos en el Reino de Dios y reponen a la pregunta sobre si pueden seguir a su Señor: *Possumus*. Como tienen honor, el Señor no corrige su gallardía —*Mi cáliz lo beberéis*—, aunque deba ordenar su ambición hacia la gloria no de ellos, sino de Dios. Es la misma operación que querrá Ignacio en el gran Javier, según nos dice Pemán, cuando Pedro Fabro se extraña de los demasiado amplios horizontes que anhela para el navarro:

[Ignacio] *Pedro Fabro, en Javier fundo
mi ilusión y mi placer;
que si yo gano a Javier,
Javier me ganará un mundo.*

[Fabro] *¿Tanto esperas de su ciencia?*

[Ignacio] *Y de su alma arrebatada,
si logra ser encauzada
con mansedumbre y paciencia.*

*Vencida su inexperiencia
domada su vanidad
de él espero, si me es fiel,
milagros de santidad.*



Este espíritu de honor, del *possumus* –el verdadero Podemos–, conduce a las gestas de nuestros mayores desde que en los tiempos apostólicos san Pablo escribiese la fórmula que lo guarda –*Omnia possum in eo qui me confortat*– hasta nuestros tiempos contemporáneos, como en la ofrenda del pequeño Jose-lito, ya canonizado, que, para salvar a su general en la Cristiada, ofrece su caballo y se queda atrincherado para defender la escapada de sus superiores. El *possumus* se convirtió en el grito de guerra de los hombres, como *Mikael* es el grito de guerra de los ángeles –*Quién como Dios*–. De igual manera, cuando se invierten las tornas y depende de la voluntad del fiel el transigir bajo la amenaza del mundo, el grito es muy parecido: ¡*Non possumus!* tal y como pronunciaron los mártires de Abitinia en las postreras persecuciones romanas al ser capturados celebrando el santo sacrificio: *Sin el domingo ¡no podemos!*

Los que “podían” ofrecer incienso a los ídolos y salvaron su vida, fueron los infecundos. Los que “no podían” por guardar el honor del nombre de cristianos, derramaron su sangre, que fue semilla de nuevos cristianos. Tampoco Guzman el Bueno “pudo” rendir la plaza a sus enemigos, arrojando incluso su propio cuchillo a los que tenían preso a su hijo: *Matadle con este, si lo habéis determinado, que más quiero honra sin hijo, que hijo con mi honor manchado*. Tampoco Moscardó “pudo” rendir el Alcazar de Toledo en circunstancias parejas de extrema necesidad material y moral y dijo a su propio hijo: *Encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota*. Y cuando el honor de Dios y de la Iglesia estaba en juego, cuando el baluarte de la verdad amenazaba con quedar oscurecido, la respuesta diplomática de la Iglesia fue siempre la misma: *non possumus*.

De este modo la Iglesia, venerable y sabia, curtida en años y en batallas, ha sido la que ha encorajado a los nuevos cristianos, infundiendo un espíritu de honor que, a pesar de las miserias de cada uno, mantenía en alto el pabellón de la fe. En este sentido, se decía con cierta sorna, pero no con menos verdad, que los requetés pecaban contra todos los mandamientos menos contra el primero y que no había animal más temible que un requeté recién comulgado. Quizá sea éste, junto a la confusión doctrinal –o precisamente a causa de ella– uno de los grandes males que impiden la fecundidad de las actividades eclesíásticas,

además de uno de los signos más preocupantes de nuestro tiempo.

Cuando se cambian los himnos juveniles, representativos de un mismo honor que ha surcado dos milenios de historia cristiana –como el viejo de la acción católica: *Herederero del historial hispano, paladín soy, cruzado de la fe, caballero español y cristiano, por la causa del bien lucharé... Llevar almas de joven a Cristo / inyectar en los pechos la fe / ser apóstol o mártir acaso / mis banderas me enseñan a ser*– por moñadas de autorreferencia sentimental que no hacen sino minar la gallardía del joven cristiano –como el “éxito” discotequero de música electrónica *dance*, con algo de rap, de la JMJ de 2016: *Muros que se rompen con el perdón, viento de paz, lazos de unión. Cura tus heridas, siente su amor, luz de Jesús en tu interior. Hoy ya soy feliz en su corazón. Hoy ya soy feliz, llevaré su amor*– no se puede esperar algo muy distinto de lo que vemos en el panorama apostólico de las últimas décadas. No me puedo imaginar a san Pablo, san Policarpo, santas Perpetua y Felicidad, san Atanasio, san León Magno, san Benito, san Isidoro, san Bonifacio, San Teodoro Studita, san Odón de Cluny, san Bruno, san Bernardo, san Fernando, santa Catalina de Siena, san Bernardino de Siena, santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, san Alfonso M^a Ligorio, san Antonio M^a Claret o san Pío de Pietrelcina –por poner uno de cada siglo– cantar a ritmo de club de alterne la segunda letra, aunque no me cuesta nada poner en sus labios el fuego de la primera. Dicho de otra manera, si se viesan en la encrucijada de hallarse rodeados de prepúberes emocionales en un encuentro de jóvenes *more* hodierno, creo que dirían “*non possumus*” –y quién sabe qué más cosas– y se zafarían de la situación... Pero si tuviesen por situación la de un mártir del tiempo de los romanos, un padre del desierto con sus compañeros, un joven monje benedictino, un capitán de Carlos Martel, un maestro en Aquisgrán, un discípulo pobre de san Francisco, un infante de san Luis, un noble de Isabel y Fernando, un misionero entre los indígenas, un marino en Lepanto, un padre de familia ante “el francés” o un cadete en Toledo, estoy seguro de que se comportaría como tal, enardeciendo a sus camaradas en la empresa, sea divina, sea humana, con una voz fuerte: *possumus*.

Hemos de recuperar la parresía y la entereza que arrostre las amenazas de este mundo, muchas de

ellas en forma de livianos conformismos con los principios sensibloides de esta nueva religión que pretende lo contrario al espíritu católico: va hurtando el santo temor de Dios a costa de un falso amor filantrópico, mediante un “*non possumus* mantener que Jesucristo es la Piedra que destroza al que cae sobre Ella y aplasta a aquel sobre quien cae” (cf. Mt 21, 44) y un “*possumus* tener las tragaderas suficientes para hacernos como todos y para todos”. El caballero cristiano, sin embargo, ha de saber lo que enseña el Libro del orden de caballería:

El amor y el temor se convienen contra el desamor y el menosprecio; y por esto conviene que el caballero, por la nobleza de su ánimo y buenas costumbres, y por un honor tan alto y tan grande como el que se le ha hecho por elección, por el caballo y las armas, sea amado y temido de las gentes; y que por el amor que recibe, devuelva caridad y ejemplo; y por el temor que causa, devuelva verdad y justicia.

«El fin de nuestra vida es la mayor gloria de Dios»

Retiro de Cuaresma de NSC-E

Johanna Pérez Garciarena, Capítulo San Francisco de Javier

Tema del retiro: nuestra salvación. Pasar del pecado a la gracia, de la gracia al fervor, y del fervor a la santificación consumada. Este fue el mensaje principal de nuestro padre predicador, D. Juan Pablo Donoso: qué es y cómo mantener la vida de la gracia en nosotros. Primera definición: «La gracia es la participación de la naturaleza divina en nuestra naturaleza humana». Y genera en nosotros distintos efectos: nos hace hijos de Dios, nos permite la visión beatífica como herederos, nos convierte en hermanos de Cristo, nos da la vida sobrenatural, nos vuelve justos y agradables a Dios, y nos permite contener a la Trinidad como templos vivos.

Entonces, ¿cómo aumentamos la gracia en nosotros mientras somos viadores, mientras caminamos en la tierra? Destacamos tres medios.

Primero, la vida sacramental. Jesucristo, en su obra redentora, nos deja los siete sacramentos. Sabedor de que no somos capaces de mantener la gracia en nosotros, ya que tantas veces caemos en la desgracia de las

desgracias: el pecado, permite que los sacramentos cooperen EX OPERE OPERATO. Es decir, que tienen un efecto inmediato sin distinción del estado o la oración del ministro y de los sujetos.

Así, la Eucaristía, como SACRAMENTO SACRAMENTORUM, nos ofrece «el pan de los fuertes», en palabras de san Agustín, para que «nos mudemos en Él», de tal manera que la gracia unitiva sea la mayor posible y nos haga crecer exponencialmente en el fervor.



San Pío X nos detalla las condiciones para una buena comunión: intención recta y piadosa; la debida preparación, remota e inmediata (realizando actos de fe, humildad, dolor y deseo antes de la Santa Misa); sin conciencia de pecado grave; y realizando la acción de gracias tras recibirla.

Por otro lado, la confesión, el sacramento de la penitencia. ¿Cómo confesarnos bien?

1. Contrición. Aquí otra definición: «Es el dolor y la detestación de los pecados cometidos en cuanto ofensa a Dios, con propó-

sito de confesarse y de no volver a pecar». La perfecta contrición es verdadero dolor, es concreta, hay que exteriorizarla, es suma, universal, y enmienda, es decir, es un acto firme y enérgico no sujeto a condiciones.

2. Confesión. Es la acusación voluntaria de los pecados cometidos después del bautismo y con el objetivo de obtener la absolución. Debemos decir vocalmente los pecados mortales, su especie, su cantidad y las circunstancias que puedan cambiar la especie mortal del pecado.
3. Satisfacción. La pena eterna que merecen nuestros pecados es conmutada por una pena temporal o purificación. El sacerdote debe imponer una penitencia que venga a sufrir lo que tenemos que purgar.

La confesión se convierte, por tanto, en el sacramento que nos devuelve la gracia.

Segundo, gracias a nuestros méritos. Las obras meritorias proceden de suyo de la caridad y dan lugar a un reconocimiento, a un premio. Si no perdemos la gracia del bautismo, y hacemos una obra caritativa, merecemos en justicia una recompensa, que se nos da en esta vida.

Por último, mediante la oración. Como han dicho tantos santos, la oración consiste en «tratar de amistad con quien sabemos nos ama». Los amigos quieren el bien del otro. En nuestro caso, Dios quiere nuestra santificación, y nosotros debemos querer el bien de

Dios, su mayor gloria. Esta relación no se puede mantener si no con la oración. Aquí los cuatro valores de la oración: satisfactoria, meritoria, deleite espiritual, imperatoria.

Asimismo, la revelación nos asegura que la oración es infalible con las debidas condiciones:

1. Pedir por nosotros mismos, porque esto nos predispone a recibir la gracia que pedimos.
2. No pedir cualquier cosa, sino cosas necesarias para nuestra salvación.
3. Pedir piadosamente: con humildad, con seguridad, en el nombre de Cristo y con atención.
4. Pedir con perseverancia.

Pero aún nos queda preguntarnos quién produce la gracia. Sí, Dios es quien nos la da. Y encontramos también una causa instrumental: la humanidad de Cristo. Él, como mediador universal, media entre Dios y los hombres. Así nace la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: el culto a la caridad de Cristo. Se conoce como culto de latría, es decir, el culto que rendimos a Cristo en su unión hipostática, cuyo símbolo es el corazón de Jesús, en la divina excelencia de la persona del Verbo. El efecto en nosotros es la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres, que se dirige a la imitación de Jesucristo mediante el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento nuevo del amor.

Finalmente, la Iglesia nos da a la Virgen María como Mediadora de todas las gracias. Sería un error querer

llegar a Nuestro Señor Jesucristo sin pasar por María. Ella, como mediadora secundaria, fue elegida de manera especial e íntima para intermediar por nosotros. Por dos razones: primero, porque María cooperó por la satisfacción y los méritos al sacrificio de la cruz. Segundo, porque la Virgen María no cesa de interceder en nuestro favor y de distribuirnos las gracias que recibimos del Cielo.

En primer lugar, la mediación ascendente se da por el libre consentimiento de María al án-



gel Gabriel. También, cuando ofrece a su hijo en el templo ante Simeón. Y, cómo no, al pie de la cruz Ella renunció a sus derechos de madre de mantenerlo sano y salvo, y ofrendó la vida de su Hijo, más preciosa que su propia vida.

En segundo lugar, intercede en nuestro favor: nos obtiene y distribuye las gracias de parte de Dios. Es lo que se llama la mediación descendente. Los santos, la tradición, la Sagrada Escritura, y el Magisterio re-

ciente coinciden en reconocer que ningún bien nos es concedido si no es por María. Dicho de otra manera, Ella goza de una omnipotencia suplicante, del poder omnímodo sobre el corazón de su Hijo. Para nosotros, es imposible alcanzar la cristificación sin María.

¿Cómo obtener la gracia, entonces? Siendo hombres de oración, de vida sacramental, devotos del Corazón de Jesús y de nuestra Santísima Madre.

«La Primera Misa», un sugerente cuadro del pintor Enrique Simonet Lobardo

D. Íñigo Serrano Sagaseta de Ilúrdoz, Capellán General NSC-E

La historia del arte en sus diversos géneros siempre ha acudido a la Sagrada Religión como fuente de inspiración para gran cantidad de obras artísticas, y viceversa, la Religión se ha servido el arte como vehículo de comunicación para dar la mayor gloria a la Divini-

dad y para la edificación espiritual de los fieles.

El pasado mes de septiembre se subastó en Madrid un cuadro titulado “La Primera Misa,” obra de Enrique Simonet Lombardo (1866-1927), que bien me-



rece nuestra atención, por su detallada y preciosista ejecución. Analizando cada personaje, cada objeto, observamos toda una atmósfera de piedad religiosa y de tradición católica y española.

La escena representa el momento del besamanos que tiene lugar al finalizar la Primera Misa Solemne de un sacerdote. Un acto que hace considerar el excelso ministerio del presbítero, su consagración a Dios en cuerpo y alma, lo cual queda reflejado muy gráficamente en sus manos.

Como reflejo del carácter sagrado de las manos sacerdotales, en la ordenación según el rito tradicional de la Iglesia, el neopresbítero, tras recibir la unción en las palmas de sus manos, las junta, y estas son entrelazadas con una cinta de seda, expresamente preparada para la ocasión y conservada con devoción a lo largo de la vida. Esas manos que han sido ungidas con el Santo Crisma van a bautizar a los niños, van a absolver los pecados en la confesión, van a elevar la Sagrada Hostia en la Santa Misa, van a bendecir a los matrimonios y van a confortar a los enfermos.

Unos días después de la ordenación, que antiguamente era un acto privado al que acudían muy pocas personas, normalmente celebrado en una capilla



Cintas decoradas para unir las manos ungidas en el rito de ordenación

del Palacio Episcopal o del Seminario, tiene lugar en la Parroquia del neopresbítero la Primera Misa Solemne, conocida popularmente como Cantamisas o Cante de Misa. Este acto reviste una especial solemnidad. El nuevo sacerdote es acompañado desde su casa nativa hasta la Parroquia por gran cantidad de vecinos, que engalanan sus calles y balcones para la ocasión, entre expresiones de alegría y júbilo con música, campanas y cohetes.

Al llegar a la iglesia, se celebra la Misa Solemne que

cuenta con padrinos civiles y eclesiásticos, además de un predicador extraordinario, el cual glosa desde el púlpito las excelencias del sacerdocio.

La Schola Cantorum del lugar interpreta las mejores piezas de su repertorio que tiene reservadas para estas ocasiones. Finalizada la Santa Misa y cantado el *Te Deum* en acción de gracias, tiene lugar el esperado besamanos. Como observa-

mos en el cuadro de Simonet, el misacantano despojado del manípulo, al igual que los ministros del altar, se dispone en la silla para recibir a todos los fieles que se van a acercar para besar sus manos. El sacristán y los monaguillos revestidos con sobrepellices de alas típicamente españolas, después de haber ayudado a colocar la casulla, también de corte español, por detrás de la silla, observan de cerca como testigos privilegiados, el piadoso acto. Los fieles ataviados con sus mejores galas -mantillas de encaje en el caso de las mujeres y capa española en el caso de los hombres-, se van acercando y de rodillas proceden a besar las manos del nuevo sacerdote. Desde el lado de la Epístola, el diácono y el subdiácono observan la escena, con las manos juntas y mirada baja, siendo conscientes de la reverencia del momento.

Aunque el cuadro se centra en el momento del besamanos, observamos al fondo el altar sobre el que se ha celebrado el Santo Sacrificio, que es recogido primorosamente por el pintor en todos sus detalles. Es curioso observar la imagen titular, que aunque no aparece completa, ha sido pintada con la altura suficiente para poder observar su iconografía e identificar al santo. Se trata de San Francisco de Borja, que aparece portando una calavera coronada en recuerdo de su conversión, que tuvo lugar cuando fue a hacer entrega del cuerpo de la Emperatriz Isabel de Portugal y descubrió el estado de descomposición del mismo. El hecho de pintar la imagen del Santo Duque de Gandía nos recuerda el origen valenciano del pintor, Enrique Simonet Lombardo.



Recordatorio de Cantamisas

Igualmente se observa sobre el altar la pintura delicadamente realista en los candelabros y sacras de plata, así como la variada paleta cromática para la ejecución de las flores y las texturas de los ornamentos, predominando los tonos cálidos. El autor no escatima los detalles, observándose al fondo el cáliz cubierto sobre la credencia del lado del Evangelio. Todo ello

está concebido desde el movimiento que le da al cuadro la diagonal formada por los fieles que se dirigen al besamanos.

Este cuadro nos da pie para comenzar un ciclo de artículos que analicen con detalle curiosas costumbres y tradiciones españolas ligadas a la Sagrada Liturgia.

Notas de actualidad

El Capítulo San Francisco de Javier participa en la Javierada

El Capítulo San Francisco Javier, de Navarra, ha realizado por segundo año consecutivo la Javierada, tradicional peregrinación hasta el lugar de nacimiento del Santo en el marco de la Novena de la Gracia.

Un primer grupo salió de Pamplona en la tarde del viernes 3 de marzo, durmiendo en una localidad del camino y haciendo en total unos 60 kilómetros a pie. Otros miembros del Capítulo se unieron el sábado, día 4, llegando juntos a Javier.



Todos ellos pudieron asistir a la Santa Misa, así como rezar las oraciones del primer día de la novena. Ésta se reza tradicionalmente del 4 al 12 de marzo, día en que se conmemora el aniversario de la canonización de San Francisco Javier.

Se aprovechó la ocasión para encomendar al Santo Copatrono de Navarra la participación del Capítulo en la próxima peregrinación a Covadonga.

Retiro de capellanes de NSC-E

El pasado mes de enero se celebró el primer retiro espiritual dirigido específicamente para capellanes de NSC-E. El grupo formado por 15 sacerdotes disfrutó de cuatro jornadas de intensa oración. Próximamente, tendrá lugar un nuevo encuentro sacerdotal, en este caso a modo de simposio, con conferencias formativas y visitas culturales.



¡Suscríbete al boletín y ayúdanos a difundirlo!

¡Necesitamos tu ayuda!

NSC-E se financia exclusivamente gracias a donaciones.



Laus Deo, Virginique Matri